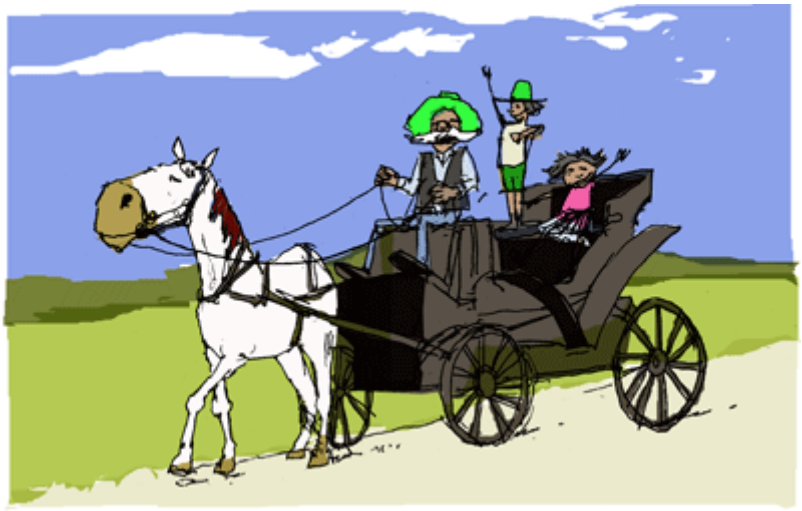
El Cochero azul

Dora Alonso

Se presenta Martín Colorín



En el camino de la costa de Varadero, cerca de Carboneras, vivía un cochero, llamado Martín Colorín, que tenía dos hijos, un perro sato, un caballo blanco y un coche viejo.

De tanto mirar el mar durante años y años, Martín acabó por desear que cuanto lo rodeara fuera del mismo color azul. Para tratar de conseguirlo, compró una lata de esmalte azul y una brocha, llamó a sus hijos para que lo ayudaran y empezó por pintar el coche de la rueda a las varas. Pero, al terminar el trabajo, los tres se vieron muy deslucidos dentro del flamante carruaje. Luego de discurrir por breve tiempo, decidieron teñir del mismo tono la ropa que vestían, el calzado, los sombreros y tratar de agenciarse tres pelucas de largos pelos que flotarían al viento como banderolas.

La idea iba saliendo bastante bien, porque en la cercana fábrica de henequén consiguieron un poco de sisal para las pelucas y, como ya se sabe, el sisal se tiñe fácilmente, solo que, cuando trajeron el caballo para engancharlo al coche azul, se veía tan blanco que parecía un caballo de queso y afeaba todo el conjunto. Ante la dificultad, Martín fue a recorrer la

zona en busca de un arrenquín color de mar de Varadero, sin lograr su objeto. Caballo como aquel no aparecía en ningún lado.

Cansado de sus inútiles gestiones, pero sin renunciar a su empeño, el hombre ensayó algo que le parecía aceptable: echó un puñado de tabletas de añil dentro de un cubo lleno de agua, agarró al sato en un descuido y lo metió en él. Cinco minutos más tarde, cuando el perro salió del cubo sacudiéndose y ladrando, se veía tan bonito que su dueño enseguida le puso Perroazul.

Convencido del éxito del añil, Colorín no dudó en aplicar la misma fórmula al caballo blanco. Añadiendo más tabletas al agua, tiñó las orejas, la barriga, la crin y la cola a su trotón, y dio fin a la obra al colocarle un airoso penacho sobre la frente.

Al domingo siguiente, con las primeras luces del día, Martín Colorín y sus hijos, su perro, su caballo y su coche se alejaron por los trillos de la costa bordeada de uva caleta.

–¡Arre, Azulejo! -gritaba el cochero, sacudiendo las riendas.



El carricoche azul rodaba sobre el largo camino de arena, bajo un sol claro que hacía centellear el mar. Perroazul, ladrando alegremente, seguía tras el coche donde viajaban sus amigos azules con las largas melenas de las pelucas batidas por el viento.

¡Quiribín, quiribín, quiribín, quiribín! –trotaba el caballo, muy orgulloso de su gran cola celeste y su penacho fino–: ¡Quiribín, quiribín!

Todo resultaba tan agradable y divertido que Martín Colorín y sus hijos, Azulín y Azulosa, aprovechando que estaban de vacaciones, decidieron darle la vuelta al mundo.

Rumbo Cangrejo

Rodaba el coche con el alegre grupo por el trillo de la costa, entre fresco hojerío de mangle y caletales, dejando atrás Las Bocas de Camarioca y Varadero, cuando el cochero tiró de las bridas y detuvo el trote de Azulejo.

–Antes de seguir viaje, debemos señalar la ruta –explicó.

Se apearon y deliberaron. Azulín propuso que lo echaran a suerte, lanzando una moneda al aire; pero Martín Colorín era un hombre de gran imaginación y se negó con buenas razones.

–¿Qué clase de trotamundos seríamos si no pensáramos cosas nuevas?

–¿Te parece mejor que arrojemos una piedra al aire? –propuso Azulosa–. Si le da al cachorro, seguiremos rumbo norte; si le da al caballo, indicará el sur; si cae sobre mi hermano, seguiremos rumbo este...

–Y si me da, ¡prepárate! –la interrumpió Azulín, amoscado.

Por acuerdo final, decidieron utilizar un cangrejo, lo que resultaría algo verdaderamente original. Perroazul se encargó de buscar la pieza y salió disparado hasta dar con una profunda cueva donde seguramente se escondía el abuelo de los cangrejos de la zona. Probó a sacarlo ladrando desaforadamente, luego escarbó, sin poder llegar al fondo del escondite y, por último, queriendo asustar al animalejo, introdujo su cola motosa por el agujero y la movió como un plumero. Dentro de su refugio, alargando su tenaza, el otro hizo ¡tris! y apretó con su muela el descuidado rabo de Perroazul, que chilló: ¡Auuuu!, y a los dos segundos estaba de vuelta

arrastrando su captura. Lo aplaudieron mucho, asegurándole que, además de ser muy valiente, corría mejor que cualquier campeón de campo y pista.

El satico puso a mal tiempo buena cara y aseguró con desfachatez que desde chiquito sabía capturar los cangrejos en aquella forma y que eso no era nada comparado con todo lo que sabía hacer.

Sin hacerle mucho caso, se reunieron para dar comienzo a una ceremonia muy interesante: trazando el cochero una gran cruz sobre la arena, señaló cada extremo de los cuatro brazos con las siglas de los puntos cardinales. Después colocaron en su centro al cangrejo y, a una indicación de Martín, lo dejaron libre. El animal huyó y se perdió entre, la yerba. Entonces el hombre se inclinó sobre las huellas dejadas por las ocho patas, las estudió muy atentamente y declaró al final de su pesquisa:

–Iremos tierra adentro. El cangrejo señaló rumbo sur. ¡Arriba todos!

Los pájaros fabulosos

¡Quiribín, quiribín, quiribín!...

Pasaron por Bachiche, mirando sus lozanas huertas y la escuela donde José Martí, blanco y pensativo, parecía esperar a los niños para enseñarles cómo se debe querer a Cuba. Cruzaron cerca del central «Humberto Álvarez», que humeaba por su alta chimenea, y luego de atravesar Guásimas y llegar a la curva de Salé, entraron por la carretera de Cantel.

¡Quiribín, quiribín, quiribín!...

¡Qué contento iba Azulejo, qué satisfecho con su penacho de sisal, que batía el viento haciéndolo zumbar como una antena, cuando trotaba entre una doble hilera de palmas reales y piñones floridos! La mañanita era como un pajarito de oro, y el cochero azul, sintiéndose poeta, comenzó a improvisar canciones entre el parejo golpear de los cascos, mientras los muchachos no se cansaban de mirar tanto verde, tanto azul, ¡tanta luz!... De un salto, el

cachorro se subió al pescante, siguiendo con los ojos el vuelo de las mariposas.

¡Quiribín, quiribín!...

Al llegar a las ruinas del antiguo ingenio «Precioso», los aguardaba una gran sorpresa: en lo más alto de un cedro que tendría cien años, cerca de lo que había sido una opulenta casa colonial, vieron posado un pájaro papalote. El raro ejemplar tenía el pico de loza, las patas de paja trenzada, una gran cresta de papel y alas cuadradas, rojas y transparentes. Su cola mediría muy bien cincuenta metros y estaba formada por una sola pluma muy flexible y de color verde; a su final, como remate, tenía una mota de plumón amarillo. El canto del ave simulaba un silbido agudo, metálico y estridente.

El pasmo de la buena gente del coche pintado no se podría describir. Quedaron quietos, mirando y oyendo, sin atreverse a respirar por miedo a asustarlo. Y en aquel momento les llegó un sonido distinto: una especie de gorjeo muy breve, que siempre se repetía: furilurí, furilurí, furilurí...

–¡Míralo allí: otro pájaro raro! –murmuró Azulín, señalando una palma inmensa que tocaba el cielo con la punta de su vástago.

Sobre una de las pencas, que era tan grande que se doblaba bajo su propio peso, trinaba un pájaro espejo. Se veía hermosísimo, con cuatro alas que parecían cubiertas de escarcha y el cuerpo revestido de un suave plumaje blanco. Las patas, de grandes dedos amarillos, estaban armadas de largos espolones morados que destilaban una resina muy aromática. De vez en cuando, entre sus furirulí, furirulí, abría la cola como un surtidor.

El ejemplar posado en el cedro echó a volar. Su vuelo recordaba el de un papalote, porque subía la cara al viento con las alas inmóviles y muy abiertas, y daba cortes y cabeceos como si una mano invisible lo moviera desde la tierra. Subía y subía con sus alas rojizas, cuadradas y translúcidas, llevando extendida su larguísima cola de una sola pluma.

El pájaro espejo también levantaba el vuelo, lanzando reflejos cegadores. Giraba en el aire, como un trompo, ganando altura en espiral y, tan

velozmente, que era un torbellino. En pocos segundos alcanzó al otro pájaro y se perdieron juntos detrás de una nube.

–¿Y si nos apeáramos del coche y tratáramos de encontrar sus nidos? –propuso Azulosa.

–¡Vamos! –dijo resueltamente Azulín–. ¡Me encanta buscar nidos!

El padre lo pensó bien antes de dar su consentimiento, porque comprendía que la aventura tendría sus riesgos, por la soledad y la altura de las ruinas y el tamaño de las aves; pero se dijo que prefería dos niños audaces a dos papanatas.

Los niños abandonaron el coche seguidos por el sato, que era muy entremetido y curioso. Caminaron con decisión, muy dispuestos a escalar la altura donde se levantaban los últimos restos del destruido ingenio.

Luego de un buen rato de ascensión, se hallaron en un amplio portal de renegridas piedras, cubierto a medias por bejucos y arbustos. Desde allí se divisaban la costa, el mar, los caseríos y los cañaverales. Mirando abajo, al coche, este parecía un juguete y Azulejo un escarabajo.

–Vamos a empezar la exploración –acordaron los hermanos.

Tomados de la mano, llegaron a un extremo del largo portal y se asomaron. Detrás de un muro vieron muchos árboles tan añosos como el cedro, formando un pequeño bosque muy tupido. Caminando con cuidado por miedo a tropezar y rodar piedras abajo, los dos hermanos miraban entre los gruesos ramajes cercanos para tratar de descubrir algún nido.

–¿Qué silencio tan grande, eh? –dijo la niña, un poquito impresionada por la soledad que los rodeaba y por la quietud del lugar.

–¿Tienes miedo? –se burló el muchacho.

–¿Miedo yo? Ja, ja –negó ella, muy dispuesta.

Haciendo equilibrios en una cornisa que había al final de un estrecho pasadizo, a la cual llegaron pasando sobre un grueso tablón de madera

ennegrecido por los años, pudieron alcanzar las ramas más altas y mirar bien. Azulosa apretó el brazo de su hermano y abrió la boca, apuntando con el dedo. Azulín vio una plataforma vegetal, cubierta por completo con papel de chocolate.

–Seguro que es el nido del pájaro espejo –opinó la muchachita.

–Vamos a verlo de cerca –respondió el muchacho.

Llegaron al mismo borde de un alero desde donde podían ver muy bien el nido. En su centro había varios huevos brillantes, pulidos y redondos, parecidos a las bolitas de cristal de colores que usan los niños para jugar, pero del tamaño de naranjas. Azulosa se alelaba ante el hallazgo, cuando ya la voz de su acompañante avisaba:

–¡Allí, allí, mira el nido del otro pájaro! Del pájaro papalote.

Era una especie de embudo muy grande, fabricado con fibra vegetal resistente y lleno hasta los bordes de unos huevos cúbicos, numerados del uno al doce. La numeración comenzaba siendo de caracteres pequeñitos, pero según subía la cifra los números se hacían mayores hasta llegar a cubrir una cara de los singulares cascarones.

–¡Guau, guau, guau!

Perroazul ladró asustado, y los niños sintieron un zumbido que iba en aumento. El ruido venía de arriba. Miraron en esa dirección, y vieron venir los dos grandes pájaros, que se acercaban por segundo. Uno cabeceaba, arrastrando su fantástica cola, y relumbraba el otro como un vertiginoso cometa.

A todo correr se precipitaron ruinas abajo seguidos por el cachorro, que parecía un rayo azul. Martín se apresuró a subirlos al coche, y Azulejo salió al galope y los llevó trillo adelante: ¡quiribín, quiribín, quiribín!

Visita a Pueblo Dormido

El galope de Azulejo duró bastante tiempo, pues el miedo que sentían era de legua y media; pero todo tiene su final, y aunque en este caso se trataba

de dos pájaros fabulosos volando como flechas con deseo de atacar, los niños volvieron a sonreír, el sato meneó el rabo, el cochero acortó riendas, el caballo color de mar de Varadero tomó un paso lento y el suceso se comentó con la mayor tranquilidad.

Alrededor de las cinco de la tarde llegaban a un pueblo de aspecto pintoresco. Las casas tenían fichas de dominó curiosamente colocadas en lugar de tejas, y persianas de plumas; algunas persianas eran blancas como garzas, otras negras como mayitos; las de acá verdes de caracatey, las de allá de un suave gris de tórtola. Y las había jabadas como ala de pájaro carpintero, y también color canario o del tono de los sinsontes. Pero lo más curioso era que, al soplar, el viento movía las plumas y entonces se escuchaban trinos y aleteos, lo que alegraba mucho al pueblo. La única dificultad de esas persianas cantoras estaba en que, al llegar la primavera, y cuando menos se esperaba, levantaban el vuelo.

El poblado estaba construido en forma de espiral; tenía una sola calle muy larga que, enroscándose sobre sí misma como un caracol, terminaba en una pequeña plazuela, donde había un carrusel que siempre estaba en movimiento y lleno de niños. Cuando llegaron a la placita y contemplaron el aparato, Azulejo, mareado, se fue contra un poste del alumbrado y rompió una de las varas del coche, lo que hizo bajarse a todos para reparar la avería.

Perroazul saltó primero, ladrando de modo provocador y poniendo cara de malo.

–¿Qué le pasa? –averiguaba Martín.

–Nada, que ha visto otro perro en aquel jardín –respondió su hija.

–¡Pero si está amarrado y dormido como un tronco! –se burló Azulín.

–Yo noto algo extraño en este pueblo. Es un pueblo raro, ver-da-dera-men-te raro –murmuró el cachorro, mirando a su alrededor–. ¿No se dan cuenta, muchachitos? Observen y verán.

Los rodeaba una quietud extraordinaria; no se sentía volar una mosca y el más leve murmullo resonaba como un trueno. Y no era que el pueblo estuviera deshabitado; no, señor. Por todas partes se veían vecinos, pero inmovilizados como estatuas y en distintas actitudes. En las tiendas los clientes y empleados no hacían el menor movimiento. Los bebés, en sus cunas, tenían la boca abierta como si lloraran, pero se estaban quietos, sin producir ruido alguno. Las amas de casa parecían clavadas en los portales. Reparadores de líneas telefónicas y eléctricas, encaramados en lo alto, se confundían con los postes. Un carnicero, el panadero, una novia engalanada con su velo y su ramo, eran como maniquíes. Y había albañiles con la cuchara en alto y la mezcla fresca sobre la cuchara, y un herrero de mandil de cuero levantando el martillo sobre el yunque sin dejarlo caer. Bandadas de palomas estaban detenidas en su vuelo y presas en el aire del pueblo. Y en la escuela, los niños y la maestra no parecían ver ni escuchar. Todo lo que habitaba el insólito rincón estaba inerte como figuras de cera de algún museo.

Martín Colorín, hombre prudente, trataba de explicarse todo aquello sin conseguirlo.

Perroazul preguntaba temeroso:

–¿No serán fantasmas?

–¡Cállate, bobo! –amonestó la niña.

–Pues, si no se han muerto, estarán para morirse, que viene a ser lo mismo –porfió el terco perrito miedoso.

–¿Se han fijado? En este pueblo no hay cementerio –señaló Azulín.

–Es verdad –asintió el cochero.

–¿Y por qué estarán en esa forma, papá? –quiso saber Azulosa–. Debe de ser muy aburrido.

Al no saber qué opinar del fenómeno y cansados de dar voces sin obtener respuesta, pensaron que lo más importante era reparar la rotura de la vara

para poder seguir viaje, aunque también era necesario averiguar lo que ocurría en aquella fantástica población, para ayudarla en caso de necesidad.

–Ya alguien nos informará –sentenció el capitán de aquella tropa–. Todas las cosas se saben.

Llega un enano

Arreglado el coche, los azules decidieron buscar un sitio donde pasar la noche, pues aunque llevaban el rumbo indicado por el cangrejo, lo cierto es que no sabían bien por dónde andaban. Pensaron que para hallar hospedaje lo mejor sería informarse con la primera persona que se tropezaran en el camino.

Salieron del poblado en espiral, ¡quiribín, quiribín!, y la primera persona resultó ser un enano jorobado que llevaba a la espalda una gran carga de caña. Era muy alegre y tenía las cejas como aleros de guano, debajo de las cuales se escondían los ojitos como dos animalitos mojados. Dámaso Columpio, que resultó ser el nombre del hombrecito, los contempló con curiosidad, y al cabo les preguntó qué deseaban y para dónde iban.

–Salimos a darle la vuelta al mundo, pero no sabemos dónde pasar la noche –aclaró el responsable del viaje–. Y si usted, amigo enano...

–¡Dámaso Columpio, Dámaso Columpio! –protestó el cejudo–. Me llamo Dámaso, de Dama con maso, y Columpio de para-acá y para-allá.

Perroazul se divertía mucho con lo de las cejas como aleros, el hombrecito y la Dama con maso de Dámaso Columpio. Pero el enano parecía olvidar de inmediato su malhumor y les explicaba que estaban entre el entronque de Salé y el poblado de Cantel; que en Salé y Cantel podrían descansar, y que entre Salé y Cantel quedaba Pueblo Dormido, pero que por nada del mundo se les ocurriera entrar allí y, muchísimo menos, probar un sorbo de agua de ninguno de sus pozos.

–¡Qué nombre tan extraño! Nunca he oído mencionar ese pueblo. Y eso que conozco Geografía. Siempre me dan diez puntos en esa asignatura –declaró Azulosa.

–Seis, te dan seis –rectificaba el hermano.

–¡Diez! –chilló la otra.

–¡Seis! –sostuvo el otro.

–¡Dieciséis! –gritó el enano, levantando el mazo de caña sobre su cabeza y dando vueltas y vueltas muy contento–. ¡Seis más diez son dieciséis! ¿Quién da más por mi carga de caña?

–¡A callar todo el mundo! –amonestó el cochero, sacudiendo el látigo–. ¡Hay que tener formalidad!

Colorín quiso saber más detalles, sospechando que se trataba del mismo lugar de donde apenas acababan de salir. ¿Por qué Pueblo Dormido no estaba en la Geografía? ¿Por qué no era recomendable?

Y entonces el enano comenzó a hablar atropelladamente, encaramado sobre su carga para acercarse más al cochero, mientras se tiraba de las orejas como un desesperado sin saberse por qué. Y dijo que nadie podía tener noticias de Pueblo Dormido porque no había mapa que lo señalara. Porque el pueblo vino por el aire arrastrado por una gran manga de viento, y que por eso tenia forma de espiral. Que la manga se había formado por en vuelta de Recreo un día que nadie recordaba, pues todo estaba muy oscuro. Que cuando pasó el viento y la oscuridad, apareció el pueblito misterioso con su única calle, sus casas con plumas y fichas, sus animales, sus plantas, y sus dueños. Y que eran buenos vecinos, y los de Cantel y Salé se les ofrecieron, pero que a los tres días se enredaron las cosas y empezaron las rarezas; todo apareció dormido: las personas, los animales, los árboles, para no despertar sino durante dos horas al día, de dos a cuatro de la tarde, y volver a dormirse después, y que, y que, y que además...

Azulín recibió el aguacero de informaciones, tropezó con alguna palabra y se agarró a Dámaso Columpio, que lo sostuvo, y continuó diciendo:

–Desde que la pobre gente recién llegada bebió agua de los pozos del pueblo, se enfermó del sueño de veintidós horas y ya se puede suponer: todo tienen que hacerlo en ciento veinte minutos: nacer, casarse, ir a la

escuela, bailar, mudarse, regar las flores, bañarse, trabajar, cosechar, soltar los perros y, como no les alcanza el tiempo, porque se les quedó chiquitico, siempre andan a la carrera y no tienen ocasión para morirse. Y entonces –repetía el enano–, y entonces esto, y lo otro, y luego lo que pasó fue que...

–¡Pare, amigo, pare! –rogaba Martín–. Pare y díganos en qué forma viven, disponiendo solamente de dos horas al día.

–Pues verá –en el acto respondió el alegre enanillo hablador–, al despertarse deben terminar lo que estuvieron haciendo el día anterior cuando los agarró el sueño. Emplean una semana para llegar al paradero del ferrocarril. Y el tren (¡pi! ¡pi!) rueda nada más que unos pocos kilómetros y regresa al mismo lugar. Por eso ocurre que a veces ellos están de vuelta sin haber salido.

–¡Ah, miren qué cosa! ¡Nunca se me hubiera ocurrido! –declaró el cochero azul.

–¿Qué más quiere saber de Pueblo Dormido, amigo cochero-con-peluca-de-paja?

–¡Nada más, nada más! –dijo Colorín, asustado por la cháchara de Dámaso.

–Pregunten sin pena –se brindaba, dando vueltas sobre el mazo de caña. Yo soy el dueño de todas las palabras. El Gran Mago de lo que está por decir. ¡Y erre con erre cigarro, erre con erre barril! ¡Y fefa, fofa, bufa y befa! ¡Y ese, ese, ese! ¡Ese salió silbando!

Azulín, empapado por el chaparrón del hablantín enano, se exprimía la peluca. Estaba tan lleno de letras, que las erres, las efes y las eses se le salían por la nariz, y Azulosa, muerta de risa, se las desprendía de la blusa y el sato del rabo y Martín de la fusta y Azulejo del lomo.

En un descuido, cuando Dámaso Columpio tomó aliento, ¡quiribín, quiribín, quiribín!, lo dejaron en mitad del camino cargando su mazo sobre la joroba.

Bromas y aventuras de Perroazul.

Con los últimos resplandores del día llegaron a Cantel, que parecía ofrecer sus viejas quintas de barandas labradas, su breve pinar rumoroso. Rosas, reseda, caña santa, toronjil y jazmineros de cinco hojas perfumaban la tardecita de Cantel. Y en los patios, ciruelos, mangos, zapotes...

Al verlos llegar tan alegres y pintados y al oír resonar los cascos de Azulejo sobre la calle principal, los canteleños pensaron en algún circo ambulante y fueron a engalanarse para asistir a la función. Un anciano maestro, jubilado desde hacía muchos años, estrenó una guayabera de hilo con botones de venturina. Y los jóvenes salían a recibirlos con luces de bengala.

Martín Colorín se conmovió con el recibimiento y luego de cambiar impresiones con las autoridades revolucionarias y explicar que andaban en gira alrededor del mundo –si las fuerzas de Azulejo alcanzaban para tanto–, y de narrar la visita al desaparecido ingenio «Precioso» y a Pueblo Dormido y el encuentro con Dámaso Columpio y sus cejas, pidió permiso para reposar unas horas al amparo de Cantel y los canteleños, que tienen fama de hospitalarios.

Cuando todo quedó arreglado y recibieron distintos obsequios que amablemente trajeron para ellos los amistosos vecinos, determinaron pasar la noche en una antigua quinta de las afueras; una de esas quintas de veraneo del tiempo de la nana, que estaba en reparación. La casona tenía arboledas y jardines y su apariencia era más bien misteriosa por el abandono en que se hallaba.

Tan pronto llegaron los intrépidos colorines, aliviaron al caballo librándolo de los arreos para que pudiera pastar a sus anchas y, luego, los niños y el responsable de la aventura, quitándose las pelucas para sentirse más ligeros y cómodos y llevando un machete y un farol, salieron en busca de leña para el fogón, dejando el cachorro al cuidado del coche.

El sato, muy contento de que no lo llevaran porque le hacían poca gracia los mosquitos y demás bichos del campo, quiso pasar el rato asustando a los pajaritos que se acercaron para admirarlo, asombrados de su color.

–¿Quién eres? –averiguó, sin acercarse mucho, un sabanero de cuello amarillo.

El perrito mintió con descaro:

–Soy Zumbazulanga y vengo de la Luna.

Muy interesados, los pájaros preguntaron la causa de haber hecho un viaje tan largo para visitar a Cantel, y les mintió de nuevo, gruñendo y mostrando los dientes para impresionarlos más:

–Vine a buscar pajaritos para hacerme una casa de plumas.

Al oírlo, levantaron el vuelo y se perdieron de vista, y el burlón, riendo por el susto que les había dado, se dispuso a dormir un rato enroscándose junto al carruaje.

Iba cerrando la noche, y las estrellas, como otro grupo aventurero, azuleaban brillando en un cielo oscuro. Perrroazul, que no lograba pegar los ojos, comenzó a sentir alguna inquietud al saberse solo entre la oscuridad y en una quinta abandonada. El ulular del viento en la arboleda lo hacía imaginar cosas de mucho miedo. Él, temeroso, se acurrucó lo mismo que una bola de pelusas, por entre las cuales asomaban dos ojos redondos e inquietos. Miraba el satico a todas partes sin atreverse a decir ¡jau!, cuando oyó un ruido rarísimo: ¡Tic, tic, tic! ¡Croc, croc, croc! ¡Chui, chui, chui!...

Perroazul dio un salto y cayó de cabeza dentro del coche, dejando fuera solamente el rabo greñudo. Luego asomó un ojo para averiguar la causa de un ruido tan impresionante, y revolviéndose despacito dentro del carricoche, pudo ver tres feas máscaras saltando en un pie, que empezaron a recitar a coro:

Juan Payasito compró un relojito: ¡era de oro,
era de plata, era de cobre y era de agua!

Acezando, el cachorro cerraba los ojos y volvía a mirar, deseando que todo aquello fuera una alucinación. Los fantasmones tenían manos y pies aplastados y largos, y sonaban cascabeles y un silbato de lata; también

daban vueltas formando una rueda y moviendo a compás sus cabezotas cubiertas con unos sombreros estrafalarios, sin dejar de recitar:

Juan Payasito compró un relojito: ¡era de azúcar, era de nata,
era de hielo, y era de nada!

Temblando de pies a cabeza, el perrito se atrevió a preguntarles... –¡Quié...nes ...sssoon ...uusstedes ...com... compañeros?

Y los tres mascarones respondieron:

–¡Somos tres tragaperros!

–¡Socorro! -gritó Perroazul.

Y mientras las tres cosas aquellas se abalanzaban para zarandear el coche, Perroazul se dio por muerto.

Entran tres payasos

Martín Colorín y sus hijos oyeron los gritos de socorro de Perroazul y acudieron en su auxilio; pero, al llegar, nada anormal se observaba, a excepción de un rabo lanudo saliendo por el borde del pescante.

–¡Aquí estamos! –le avisó Colorín–. ¿Qué te pasó?

Con una gran pataleta, el cachorro se asomó temblando como un muñeco de cuerda.

–¡Los tragaperros! –ladró con voz débil–. ¡Tres tragaperros de este tamaño!

–Estabas soñando –le aseguró Azulín, compasivo–. No pudo ser otra cosa.

–¡Eres un perro zonzo! –agregó Azulosa–. Ven a que te cargue.

Llevando en alto el farol, el cochero registró el patio y los matorrales cercanos sin descubrir ningún adefesio.

–Tiene que haber sido una pesadilla –opinaba–. Hay que buscar un buen veterinario para que le ajuste al sato el tornillo del sueño. En Cantel debe haber alguno.

–¡Aquí estoy yo! –dijo una voz.

–¡Y yo! –saltó otra.

–¡Y yo también! –agregó una tercera.

El valeroso protector, levantando el farol de nuevo, preguntó con voz recia:

–¿Quién anda ahí?

Al momento aparecieron tres payasos.

–Yo soy Uno-dos –dijo el primero, adelantándose y saludando.

–Yo soy Dos-tres –expresó el otro, haciendo una reverencia.

–Yo me llamo Tres-cuatro –manifestó el tercero, sin hacer nada.

Los trotamundos quedaron maravillados. Porque Uno-dos tenía el corazón por fuera de la ropa, invertido y en mitad del pecho. Dos-tres llevaba dos corazones del mismo tamaño, pero con una flor de maravilla en el centro; mientras que Tres-cuatro mostraba uno grande, uno mediano y el tercero como una semilla de marañón, que se encendía y se apagaba, cambiando de color a cada latido. Ante el asombro de los andariegos, afirmaron que se trataba de corazones adicionales para querer más a los niños.

Los teñidos quisieron saber de qué lugar venían, y ellos refirieron que mientras ofrecían su número, durante una función en Guásimas, un ventarrón arrebató la carpa y habían decidido salir andando para ofrecer funciones al aire libre. Apenados por el percance, los del coche invitaron a los recién llegados a compartir la casa y la comida y a pasar juntos la velada.

Al poco rato los payasos se animaron. Hicieron juegos de magia: Uno dos sacó zunzunes y dedales de la peluca de Colorín y una guitarra de la oreja

de Azulejo. Caminaron por la cuerda floja dando graciosos traspiés, luego bailaron en ella al son de una flautica y por último dieron allí muchas volteretas y triples saltos, sin perder el equilibrio jamás. Para terminar las demostraciones, soplando en una botella, lograron que el patio se iluminara como si hubiera salido el Sol, y las mariposas de los alrededores despertaron soñolientas, acudiendo en bandadas. Al cesar de soplar y volver a la oscuridad, caían muertas de sueño, como lluvia de hojuelas.

Por no despertarlas, se agruparon payasos y colorines alrededor de una fogata, para escuchar los cuentos que Uno-dos, Dos-tres y Tres-cuatro iban a comenzar por turno.

Una rana, llamada Casilda, que vivía en la quinta, apagó su candil, asomó la carita chata por un alero y se puso a escuchar.

El cuento de Uno-dos (Cartero)



Sentados ya todos junto a la fogata, el payaso Uno-dos hizo este sorprendente relato:

«Pues señor, aquella mañana, el cartero Pirulero se encontró sin una sola carta en su bolsa y se propuso hallar la manera de llenarla. Como en la zona todos recibían correspondencia, él era un personaje importante.

»Mientras se rascaba la cabeza por debajo de la gorra -como hacen los carteros Piruleros-, se le ocurrió una idea y la puso en práctica: fue a la ferretería y compró una gruesa libreta en lugar de un abrelatas, y un voluminoso paquete de sobres.

»La casa del cartero era un buzón monumental y, al llegar a ella, Pirulero se pegaba un sello, subía una escalera y se colaba por la ranura como si fuera un paquete postal. Aquel día, en cuanto llegó, cambió el uniforme por una camisola estampada con cuños de correos de distintas épocas que usaba como bata de trabajo, se sentó delante de su escritorio y emprendió la obra.

»Desde su aro, la cotorra se cansaba de chillar: ¡Pan para la cotica!, y el cartero Pirulero escribe y escribe... Tocaron a la puerta, se quemó el arroz, cayó un aguacero de mayo y las goteras sonaban su tilín-tilón por todas partes sin que el escribiente se enterara.

»La pluma que usaba el repartidor de cartas era una antiquísima pluma de ganso y, cada vez que la introducía en el tintero, la vieja pluma, sacudiéndose como si ella fuera todo el ganso metido en el agua, salpicaba al escribiente y lo llenaba de lunares como una gallina de Guinea. Alguna que otra vez también largaba un picotazo y salía un borrón.

»Muchas fueron las cartas amontonadas; las letras se aburrieron de esperar por el sobre, hasta que terminaron por regarse cada una por su lado. La **R** tropezó con el cenicero, se quebró una pata y quedó deformada. La **B** perdió su barriga inferior y se quedó en **P**. La **W** anduvo cabeza abajo asegurando que era la **M**, mientras que la **O** bostezaba porque aquello no terminaba nunca y quería salir a jugar a la pelota consigo misma.

»Al ponerse el Sol, después de gastar un galón de agua en pegar una larga tira de sellos, y ya con la pluma tan gastadita que era una plumita de ansarón, el cartero rellenó su bolsa y fue de casa en casa. Se detenía, tocaba el silbato y entregaba su mensaje diciendo que con toda seguridad traía una buena noticia para la familia.

»Por eso, aquella noche, el vecindario se acostó muy tarde leyendo y releyendo las cartas, pues no había una sola que no dijera algo así como **te quiero mucho, no te olvido, besos y abrazos y nos veremos pronto.»**

Y con el Colorín del coche y el colorado del payaso terminó la bonita historia.

Dos-tres hizo adivinanzas

Asomaba la Luna por entre los árboles, abrillantando los saltones ojuelos de Casilda, embelesada con el cuento del cartero, a quien aplaudía muchísimo con sus manitas de rana, cuando le llegó a Dostres el turno de narrar su cuento. Pero el payaso segundo explicaba que, entre dos cosas, siempre una es mejor o gusta más que la otra, y él no quería exponerse a quedar por debajo de su compañero. Agregaba que Uno-dos era mago, y lo había demostrado sacando una guitarra de la oreja del caballo y zunzunes y dedales de una peluca, y que bien podía hacer algún truco para tratar de desmerecerlo ante el respetable público.

Aquello cayó mal entre los espectadores; hubo protestas y gritos de ¡fuera!, hasta que se supo que todo era una estratagema para animar el espectáculo. El interés creció de nuevo y Dos-tres anunció que en lugar de un cuento, para mayor variedad de la función, haría adivinanzas.

–Haré adivinanzas de mar y solamente de mar. Y quien no sea marino hará bien en tomar píldoras contra el mareo. ¡Avante la nave! ¡Al abordaje!

Un enanito de hueso con las muelitas torcidas, andando de medio lado no ve por donde camina.

De momento nadie supo responder y el payaso los animaba:

–¡A la una, marineros! ¡A las dos, navegantes solitarios! y... ¡a las tres, intrépidos capitanes! ¿No saben qué cosa es? Yo se los diré: es... ¡el cangrejo!

–El cangrejo no es cangrejo: es una brújula de ocho patas -soltó el más chiquito de los oyentes.

Los demás agregaron que nunca se ha visto un cangrejo tripulante, como no fuera de polizón, y que así no valía.

–Pues sí, señores –afirmó Dos-tres con los dos corazones echando florecitas de maravilla, yo lo explicaré: ¿El cangrejo no vive en la arena? ¿Y de dónde sale la arena? ¡Del mar! Y el mar, ¡es el mar!

Hubo una rechifla general, pero para algo Dos-tres era payaso, y de Guásimas, ¡donde se dan los mejores payasos de Guásimas! Se sonó la nariz con estrépito y pidió otra oportunidad. Se la dieron, y dijo:

Van caminando en el agua dos hermanitos gemelos;
trabajan sin separarse marchando a paso parejo.

–¿Serán los remos? –preguntó Azulosa con timidez.

¡Y eran los remos!

–¡Otra va! ¡A toda vela, muchachos!

Un jorobadito se bañó en la playa y prendió a un goloso debajo del agua.

–¡El anzuelo! -acertó Azulín muy ufano.

–¡Bravo, grumete! ¡A ver si me adivinan esta!

En el fondo de la mar hay un cofre bien cerrado y en el cofre una princesa toda vestida de blanco.

–¡El cangrejo otra vez! –ladró el sato. Y salió corriendo.

–¡La perla! ¡La perla!

Y como en ese momento la Luna se cubrió de nubes, se oyó un trueno, y mil gotas cayeron sobre los artistas y la concurrencia, Dos-tres hizo bocina con las manos y dio una orden:

–¡Todos a cubierta y arriar velas! ¡Estamos haciendo agua!

Tres-cuatro no hizo su cuento porque se quedó dormido.

La noche del tun-tun

Como el aguacero arreciaba, abandonaron la fogata a su suerte, y ya se sabe la suerte de una fogata cuando llueve. A una indicación del jefe del campamento acudieron todos (menos Tres-cuatro, que estaba roncando) a empujar el coche para resguardarlo en el colgadizo de la quinta. Azulejo se

guareció bajo un cobertizo y el resto de la pandilla entró en la casa deshabitada, donde los pasos retumbaban de modo impresionante. Por último, colocaron la luz sobre la mesa y ocuparon las sillas.

Afuera caía la lluvia a cántaros y los relámpagos parecían culebritas. Un trueno hizo estremecer la casa; algo, ¡crasch!, se rompió por algún lugar y un soplo de viento apagó el farol.

–¡Tun-tun! –y casi al momento otra vez–: ¡tun-tun!

Por tres veces se escuchó el tun-tun. En la oscuridad se sintió correr un miedito mojado que no sabía dónde meterse.

–Debe de ser un viajero extraviado que busca albergue –opinaba la niña encogiendo las piernas.

–¡No hay que temer! –galleó el hermano.

–¡Sí hay, sí hay! –ladró el perrito dando diente con diente.

–¿Ustedes qué opinan? –preguntó Colorín a los payasos, que hacían visajes en la oscuridad por no perder su costumbre–. ¿Abrimos?

–No oímos nada. El trueno nos dejó sordos –contestaron.

–Debemos abrir. Sería incorrecto no atender a la llamada.

Recogiendo el farol de encima de la mesa y encendiéndolo, Martín Colorín fue a la puerta. Algo se movía en la negrura del portal.

–Buenas noches –saludó cortésmente el valeroso cochero.

–No tan buenas –se oyó decir–; ¿o no sabe que hay tormenta?

«¡Qué vozarrón más ronco! ¿Será un gigante?», pensó el de la casa.

Y como no podía verle la cara, lo invitó a pasar. Entonces apareció una rareza en traje de vaquero. Tendría un metro de alto por casi otro de ancho, aire altanero, cara de pájaro, piernas como fideos embutidas en botas tejanas, espuelas resonantes y una hermosa cola de gallo que le salía

por un ojal que tenían los pantalones. A la cintura, con el rojo cinturón de cuero, llevaba un arma.

Tosió el llamativo monigote cerrándose más el pañuelo que se anudaba al cuello, y sacándose enseguida el sombrero de jipijapa para que escurriera, sonó las espuelas de dos rotundos taconazos y se limpió el pecho.

–Bueno –resolvió él solito–, podemos seguir adelante.

El hospedero no estaba muy seguro de si quería a aquel huésped de fantasía, pero con aquella noche no era posible negarse a recibirlo. Lo guió y entraron en el comedor. El de la cola de gallo y la cara de pájaro, las botas tejanas y el cuerpo de casi un metro de ancho, daba una rápida ojeada a los reunidos, los que, al verlo, quedaron asombrados.

–Les presento al tun-tun –dijo Martín, por decir algo.

Al oírse llamar tun-tun, el vaquero sacó el arma y de un disparo apagó el farol. Luego fue el tiroteo, el barullo, los gritos, hasta que el visitante terminó todo al decir sonriendo:

–No corran: ¡yo tiro con caramelos!

Historias del Pipisigallo

Con el tiroteo llovieron caramelos por todas partes y no quedó uno solo de los presentes que dejara de probarlos. Reían y celebraban la broma y los sabores a piña, anís, limón y fresa.

–Compañero, ¿quién es usted?

El fantoche, empinándose, y sacando el pecho, les dijo su nombre.

–Yo soy el Pipisigallo.

¡El Pipisigallo! ¡El famoso Pipisigallo! ¿Quién no ha oído hablar del Pipisigallo? Al aplacarse los murmullos, el personaje, montado en una silla y con las piernas al aire para lucir las espuelas y las botas, empezó a contar cosas.

–Siempre fui gallero; pero los tiempos cambian. Me hicieron comprender que las gallinas no ponen huevos ni sacan polluelos para que sus hijos riñan en la valla, se envicie la gente con el juego y los explotadores reúnan plata -aseguró el Pipisigallo.

–¿Qué oficio tiene ahora?

–Soy responsable de un plan de ceba en la Isla de la Juventud –se puso de pie, muy orondo, y comenzó a dar paseítos.

–¿Responsable de un plan de ceba? Entonces, ¿usted se ocupa de arrear toros, ordeñar vacas y criar terneros de raza? –le preguntaban.

–Algo por el estilo -aclaró el vaquero-, pero mi ganado es un ganado muy especial: en lugar de toros y vacas, yo cebo tortugas. Cientos de tortugas que se reúnen en unos corrales muy grandes. Mi empleo es muy importante. Todo el mundo no tiene rebaños de tortugas.

El Pipisigallo era buen conversador y les aseguró que acababa de cumplir trescientos años. Había visto la toma de La Habana por los ingleses y conocido a la Ma Teodora y a Matías Pérez. Como buen cuentero, decía cosas interesantes:

–Cuando yo era un pollón, le regalé a su dueña la famosa gatica de María Ramos. María fue muy amiga de Maricastaña, a la que también traté bastante. Las dos usaban peineticas de carey y se untaban muchísima cascarilla.

Azulín preguntó al recién llegado por qué había venido a Cantel, y él dijo que para visitar la Esquina de los Encuentros, la Torre de los Sueños y la Tienda Distinta.

–¿Y dónde queda todo eso? -siguió averiguando el niño.

–Entre Cantel y Salé, en Pueblo Dormido –contestó el rabilargo.

Martín habló entonces de la visita que ellos habían hecho a ese pueblo y todo lo que les había dicho el enano Dámaso Columpio.

–Pero nosotros no vimos ninguna torre ni la tienda que usted dice –saltó Azulosa.

–Debe ser porque eres una niña bastante boba –declaró muy campante el títere–. Si fueras medianamente lista, hubieses registrado hasta el último rincón de un lugar tan extraordinario como Pueblo Dormido, y ahora sabrías que no miento.

–Yo no digo que no sea verdad –se avergonzó ella–; es que... bueno... que no vimos ninguna de las tres cosas.

–Si quieren verlas, acompáñenme cuando yo visite el lugar.

–¡Aceptado! –gritaron a coro.

Se iban volando las horas. Casilda, a la que no se le iba una, escondida en el alero de la ventana del comedor, oía las historias, bien envuelta en su chal porque era muy friolenta.

El Pipisigallo estaba contando ahora que una vez había visitado la isla de Turiguanó en compañía del Gallo de Morón, cuando, en eso, el payaso Tres-cuatro despertó con la impresión de que le había llegado el turno de referir un cuento. Medio dormido y sin contar con nadie, empezó a decir sin ton ni son:

–En un lugar que ya se me olvidó, vivía una viejita que había sido joven. Y un día... no, no: fue una noche. ¿Una noche? No, perdón: una tarde. Bueno, lo mismo da. Esa tarde, la muchacha se encontró una jicotea, se la puso en el pelo y se hizo con ella un lazo muy bonito. Y entonces dijo el pirata: ¡Yo no fui quien apagó la lámpara!

Luego de soltar todos esos disparates, Tres-cuatro cerró de nuevo los ojos y siguió durmiendo, mientras el Pipisigallo se ahogaba de risa.

La Torre de los Sueños (torre)

–¡Quiquiriquí!

Al salir el Sol, el ronco canto del animoso Pipisigallo despertó a todos. Cuando se levantaron, ya el monigote se calzaba las espuelas y se preparaba a desayunar un plato de harina de maíz con papitas fritas, mientras los niños, Colorín y Uno-dos preparaban el coche. Como no cabían todos, se acordó que Dos-tres y Tres-cuatro se quedaran en la quinta para preparar comida y que al día siguiente irían ellos, regresando entonces Azulín y Uno-dos para hacerse cargo de la cocina.

¡Quiribín, quiribín!...



Al llegar al pueblo en forma de caracol todo estaba tranquilo. El fantoche de sombrero de jipijapa miraba atentamente con sus ojitos verdes y al fin distinguió una torre que sobresalía cerca de la plaza donde giraba el carrusel cargado de niños dormidos.

Antes de acercarse a la torre, el Pipisigallo explicó que debían prestar mucha atención al guardián para no cometer errores.

–¿Y qué pasará en la torre? –averiguaba Perroazul muy inquieto.

–Ya se sabrá. ¡Adelante! De uno en fondo y marcando el paso. ¡Un dos, un dos, un dos!...

La torre, que también estaba cubierta por fichas de dominó, tenía en lo más alto una veleta en forma de gallo.

–Es mi tatarabuelo -afirmó el vaquero guía–. Tengo que saludarlo.

Y cantó su ronco quiquiriquí. La veleta dejó de girar, el gallo de latón abrió el pico y se oyó otro quiquiriquí todavía más ronco.

Tan pronto cantó el gallo de la veleta, se entreabrió la maciza puerta de la torre, y se asomó un personaje.

–Es el guardián -susurró el práctico–. Mírenlo bien.

Era una alta figura vestida con un amplio capuchón blanco; traía embrazado un escudo de plata bruñida y se adornaba con un fantástico collar de peces que le caía hasta las rodillas. Llevaba una hermosa barba que le daba al pecho y por ella subían y bajaban diminutas arañas de vidrio tejiendo sus casas con hilo dorado.

Al verlos acercarse, el custodio se inclinó con gravedad y dijo en voz alta:

–Soy el guardián de la Torre de los Sueños. Entra y sueña, sueña y alégrate con el misterio del escudo y los peces.

Acompañados por el caprichoso figurón, penetraron en la torre y, atravesando una cortina de humo color púrpura, franquearon la entrada de una espaciosa sala en cuyas paredes brillaba una galería de escudos iguales al que llevaba el guardián.

El de la barba cubierta de arañitas habló de nuevo:

–En cada escudo hay un sueño y en cada sueño un misterio.

Dijo también que cada cual eligiera su escudo y su sueño. Así lo hicieron y, al momento, sobre la plata pulida aparecieron distintas imágenes en blanco y negro y en colores: paisajes desconocidos, cosas olvidadas, rarezas, pequeñas cosas lindas que cruzaban lentas como nubes...

Perroazul quiso soñar con sus hermanitos y al instante vio aparecer cuatro lindos cachorros jugando y correteando por la orilla de una playita. El sato se puso a ladrar muy contento, pero lo mandaron a callar.

Todo resultaba sorprendente: el, que deseó soñar con viajes, pudo verse recorriendo los lugares más bellos del mundo. Quien prefirió soñar con navegación interplanetaria, se vio sobre un cohete espacial con la escafandra y cuanto llevan los cosmonautas y llegó a la Luna y a Marte y exploró sus cráteres y montañas.

Azulosa soñó que visitaba el país de los juguetes y pudo verse cargando muñecas de todas clases, bebés llorones y montones de Lilís de grandes ojos negros y azules.

El de las espuelas soñó con un viejo deseo: conocer los Pipisigallos de lejanas tierras, y en el acto vio un esquimal en su iglú, que parecía el mismo Pipisigallo cubano disfrazado. Lo siguieron un ataviado mandarín, un Pipisigallo torero, otro escritor y hasta un imponente domador de fieras rodeado de tigres y leones. Todos de un metro de alto, casi otro de ancho, cara de pájaro y cola de gallo.

En el escudo de Colorín, en cambio, de acuerdo con sus deseos, comenzó un desfile de carruajes de todas las épocas y todos con Colorín al pescante. Al final, aparecía su viejo coche bastante estropeado, y al cochero se le humedecieron los ojos. Fue el carro que más le gustó.

Uno-dos lloraba lagrimones como garbanzos. Se le había ocurrido soñar con sus compañeros ausentes y al verlos haciendo gracias y dando saltos mortales y meciéndose en los trapecios, le entró nostalgia y tuvo que pedir prestado un pañuelo.

Sumidos en la contemplación, no sentían pasar el tiempo, pero en un momento sonó una campana, se apagaron las luces y resonó la voz del vigilante:

–En la Torre de los Sueños ya los sueños se han dormido.

Salieron del salón y de la torre guiados por la barba fosforescente del personaje. En la oscuridad, las arañitas de vidrio subían y bajaban trazando sus arabescos de oro.

Una tienda distinta

Al abandonar la Torre de los Sueños estaban tan admirados que no sabían hablar más que del guardián y de las maravillas vividas. Fue Azulosa quien recordó que debían visitar cierta tienda especial, y dijo el del sombrerón que enseguida los llevaría.

Echaron a andar por la enroscada calle de Pueblo Dormido. Saliendo de nuevo a la plaza del carrusel y tomando por la acera de la sombra, llegaron a una callejuela donde se detuvo el guía para señalar un local, y el gran letrero que decía:

La Tienda Distinta

Entraron en la tienda y de momento no vieron nada de particular. En los entrepaños no había más mercancías que unos sobrecitos sellados, pero, en tal cantidad, que cubrían mostradores, vidrieras y anaqueles.

–¿Quién atiende a los marchantes? –se preguntaron.

Uno-dos señalaba a una muchacha vestida con pantalones de mecánico y camisa marinera. Tenía una frondosa cabellera suelta y prendida en ella, a manera de hebilla, una garra de águila.

–Buenos días, muchacha –ladró el cachorro, dispuesto a entablar amistad.

Pero la muchacha estaba dormida.

–¡No me gusta esto! –se lamentaba el perrito–. Aquí todo el mundo está tieso y me da miedo.

Al escucharse la palabra miedo, la muchacha pareció despertar, dio dos pasos y se durmió otra vez con los ojos abiertos.

–Habrá que esperar a que despierte, cuando llegue la hora –razonaba Martín.

Como era la una, decidieron esperar allí mismo y, al dar las dos, todo pareció revivir; el pueblo tomó un aspecto normal con sus vecinos trabajando y cada persona continuó haciendo lo que dejó a medias el día anterior.

Ahora la empleada se dispuso a atenderlos. Al preguntarle qué era lo que vendía, enseguida dio la información.

–En esta tienda solamente se vende miedo.

–¿Miedo? –casi no podían creerlo. Y ella explicaba en detalle.

–Como todos sabemos, muchos niños suelen tener miedo a distintas cosas. Por ejemplo: a la oscuridad, a los ruidos misteriosos, a los aullidos de los perros, al coco, al tun-tun, al roer de las ratas, al chirrido de los grillos...

–¿Y qué? –se entremetía el sato–, ¿y qué más?

–Pues, precisamente para esos niños, aquí hay un buen surtido de las cosas que ellos temen. En cada sobre hay un miedo bien clasificado, y al abrirlos y comprobar que no tienen nada dentro, los niños se vuelven valerosos. No vuelven a asustarse ni a llorar en la oscuridad ni a temerles a esas tonterías, porque se convencen de que el miedo es nada. Un poquito de nada, que, cuando se quiere ver o tocar, se desvanece.

Perroazul se puso a bailar en dos patas batiendo palmas y fue corriendo junto a la empleada:

–Muchachona, dame de todos los sobres, porque yo le tengo muchísimo miedo a muchísimas cosas.

–Será un paquete muy grande –le indicó la muchacha.

Pero el perrito no se arrepintió, sino que dijo:

–Por muy grande que sea, no importa: lo llevaré en el coche.

La Esquina de los Encuentros

Aquella noche la rana Casilda tuvo una discusión con su marido en la casita de paja donde vivían, porque ella se negaba a cocinar. Casilda quería salir para escuchar los cuentos que cada noche hacían los payasos, los andarines y el Pipisigallo, en la antigua quinta de Cantel.

–Mira, Rufino –porfiaba Casilda, poniéndose sus argollas de oro y bien envuelta en su chal–: ya es hora de que las mujeres se liberen. Soy progresista y reclamo mis derechos. Hoy no cocinaré.

–Pero, Casilda... –trataba de decir el sapo.

–¡Me voy! Caliéntate la raspa que está en el caldero.

Y diciendo y haciendo, Casilda llegó al borde del alero, se orientó, deslizándose como una sombrita hasta el postigo de la sala donde transcurría la tertulia, y se quedó escuchando con mucha atención.

Se hablaba de las aventuras en Pueblo Dormido con la visita a la Torre de los Sueños y la Tienda Distinta, y la rana pudo ver a Perroazul muy dispuesto delante de un montón de sobres vacíos, fanfarroneando que era un supersato, pues ya no temía a nada. Toda esa peripecia hizo que Casilda se olvidara de la hora, y al regresar a la casa bastante tarde, el sapo no quiso abrir la puerta. En vista de esto, Casilda se refugió en el coche, donde quedó profundamente dormida.

¡Quiribín, quiribín, quiribin!...

-¡Ay, mi madre, creo que me han raptado! -se lamentaba la rana al despertar con el traqueteo.

Era de día. Dos-tres cantaba a toda voz, Tres-cuatro lo acompañaba con una armónica, y el cochero, la niña y el Pipisigallo coreaban. Azulín y Uno-dos los despedían desde el portal con sus delantales y sus gorros de cocinero.

–Menos mal que voy en buena compañía –se animaba Casilda; y trepó calladita hasta situarse debajo del pescante, donde se puso a contemplar el mundo, que le pareció grandísimo.

Llegaban por tercera vez a Pueblo Dormido. En la primera esquina abandonaron el coche y empezaron a caminar. El de las botas vaqueras iba delante metiéndose más y más en el caracol y mirando cada esquina con mucha atención, hasta dar con una que tenía escrito un signo mágico que solo él conocía. Sonrió satisfecho, pavoneándose y ajustándose, el cinto y el pañuelo.

–Hemos llegado, compañeros. Este secreto viene desde el Pipisigallo Primero, y yo voy a compartirlo con ustedes. La Esquina de los Encuentros

es esta misma donde estamos situados, y como todo duerme, no podrán venir a molestar.

–Muy bien –asintieron los del grupo–; estamos de acuerdo, pero díganos lo que va a ocurrir en esta esquina.

El monigote les explicó con lujo de detalles que se trataba de la única esquina por donde cruzan los personajes de los cuentos. Eso sucedía una vez cada veinte años, a las diez de la mañana, y precisamente era el día y el sitio señalados para verlos pasar.

Como iban a dar las diez, se juntaron muy emocionados, esperando.

¡Din, din, din, din, din, din, din, din, din, din!

El reloj de la Torre de los Sueños cantó las diez. Con la última campanada se alzó una ligera brisa que puso a piar las persianas de plumas, y casi enseguida empezó el desfile que nunca iban a poder olvidar, ni siquiera cuando se hicieran viejos, viejos, viejos, porque hay cosas inolvidables.

La primera en aparecer fue Caperucita. Venía apurada, con la cestica al brazo repleta de golosinas. Caperucita silbaba alegremente y les sonrió al pasar. Luego llamó al lobo, que acudió a la carrera y agarró las cestica con los dientes para ayudarla, porque el lobo se había vuelto bueno.

–¡Qué graciosa es! –suspiró el satico–. ¡Y qué lobo más feo: se comerá todos los dulces sin darme uno!

–¡Cállate, tragón! –regañó Azulosa.

–¡Ahí viene Blancanieves!

Era una niña rubia, de ojos negros y largas trenzas. Caminaba muy despacio atendiendo a los enanitos, que no podían con el peso de los años y se detenían cada pocos pasos, apoyándose en sus bastones de caramelo.

Detrás de Blancanieves venía un muchacho trigueño y alegre, de dientes relumbrantes. Su piel tostada resaltaba con el claro faldón y los anchos pantalones. Calzaba babuchas y traía en la mano una lámpara de cobre.

–¡Aladino! –gritó Dos-tres, saliendo a su encuentro y regalándole una flor de maravilla.

Aladino le dio las gracias y enseguida frotó la lámpara. Al aparecer el Genio, le ordenó un saquito de nueces, que en el acto le entregó al payaso. Luego echó a correr para ayudar a Blancanieves a levantar un enanito que se había caído.

Pasaba el Gato con Botas con los Tres Osos. El Pato Pascual hacía todo lo posible por darles alcance, y como no lo conseguía protestaba y refunfuñaba.

Sobre un caracol llegaba Almendrita. Una sombrilla china, casi invisible, la protegía del sol.

Pinocho marchaba con Pelusín del Monte; los dos llevaban pañoletas de pionero; y casi enseguida apareció también una antigua conocida de los niños cubanos, toda empolvada.

–Cucarachona, ¿te quieres casar conmigo? –propuso el perro.

–¿Cómo tú haces?

–¿Yo? ¡Jau, jau, jau!

–¡Ay, no, que me asustas! Prefiero a mi Ratoncito Pérez.

¡Cuántos y cuántos conocidos desfilaron! Vieron a la Bella Durmiente, a Gulliver, al Mago de Oz.

El Caballito Enano pasó al trote, y se veía lindísimo.

Parecía a punto de terminar el desfile cuando llegó una banda de músicos que soplaban sus instrumentos y llevaban uniformes de mucho brillo. Detrás de los músicos rodaba una carroza tirada por tres parejas de caballos; parecían de espuma y batían las rizadas crines y las largas colas: ¡Tras-tras, tras-tras! sonaban los cascos en el pavimento de Pueblo Dormido.

Sobre el carruaje venía un príncipe con sombrero emplumado y espadín de oro al cinto. A su lado, ataviada como para un baile, una jovencita saludaba y abría mucho los ojos para verlo todo.

Cenicienta, que tuvo fe en el hada, los ratones y la calabaza; la que soñaba con lo que siempre sueñan las niñas, la más humilde y trabajadora de todas las personas que cruzaron por la Esquina de los Encuentros, .les tiró un beso desde su carroza, dejando de recuerdo un zapatico de cristal.

La vuelta al mundo en un azulejo

Llevando como un trofeo el lindo zapato de cristal de Cenicienta, la alegre tropa volvía a Cantel, dejando boquiabiertos a Uno-dos y a Azulín que, con sus delantales y sus inflados gorros, trajinaban en la cocina.

Casilda, de tres brincos, llegó a su casa y dio de punta a cabo su propia versión de cuanto había visto. El sapo Rufino la escuchó fumando su pipa de tusa y entornando los ojos como si contemplara lo que contaba ella.

–Eso es para que tú veas, Rufi: el mundo es muy hermoso y ocurren muchísimas aventuras -juraba Casilda-; hay que salir un poco aunque sea en coche.

En la quinta, todos estuvieron de acuerdo en que, luego de haber disfrutado de tan emocionantes acontecimientos, debían hacer un buen trabajo voluntario en aquella casa, ya que estaban reconstruyéndola.

Al poco rato, ya en la casa, el tipo de las espuelas manejaba el serrucho, y Colorín se daba gusto pintando puertas y ventanas. Por el patio, machete en mano, los payasos podaban y chapeaban, para embellecer el jardín. La niña y su hermano se ocupaban de los cristales de los medios puntos, tan sucios que no se les veía el color, y el cachorro sacaba la basura. Fue una jornada muy provechosa y, como estaban cansados, tan pronto cerró la noche se reunieron brevemente para decidir lo que harían por la mañana. El Pipisigallo dijo que no contaran con él, porque debía marcharse al amanecer.

–Mi misión se ha cumplido, compañeros, visitando Pueblo Dormido y comprobando las tres cosas que ya todos sabemos. Debo regresar a mis corrales de tortugas.

Los payasos declararon algo parecido: que deseaban reanudar sus funciones al aire libre porque no querían hacer esperar más a los niños de Camarioca, que era a donde pensaban ir. El jefe azul hizo suyas esas declaraciones, e informó, por su parte, que ya era hora de seguir dando la vuelta al mundo. Estuvieron de acuerdo también en que aquella sería la última velada que pasarían juntos.

Aquella noche cayó un aguacero torrencial y amaneció muy nublado, por lo que los gallos, resfriados con la humedad, no se decidieron a cantar. Por esa causa, los vecinos de Cantel se quedaron dormidos y no pudieron despedir a la agradable comparsa.

Martín madrugó para levantar el campamento, pero madrugó mucho más el Pipisigallo, quien les dejó de recuerdo a los payasos su revólver de tirar caramelos y a los trotamundos la pluma más pintada de su cola. Se separó en esa forma porque era muy sentimental y lo conmovían las despedidas.

Un poco apretados, porque llevaban con ellos a sus tres amigos del circo, los del coche azul se dispusieron a partir.

¡Quiribín, quiribín!

Amenazaba con seguir lloviendo y todo estaba gris. Croaban ranas por dondequiera y estaban desbordados arroyos y cañadas. El vehículo traqueteaba en los baches llenos de agua y, ¡ay!, con la humedad, aquel conjunto tan vistoso empezó a desteñirse en goterones tan tristes que parecía que lloraban las pelucas. Con disimulo los niños exprimían las guedejas de sisal, pero los largos churretes deslucían la ropa, el coche, todo.

Con una fuerte llovizna la cosa empeoró. Destilaban añil. Azulejo se quedó de dos tonos y el rabo de Perroazul se convertía en una escobilla chorreante y veteada que en vano trataba de esconder entre las patas.

¡Quiribín, quiribín!

Apareció un poblado escondido entre cañaverales y barías, y los payasos dejaron el transporte.

–¡Uno-dos, recuerdos a Pirulero! –se despedían los niños.

–¡Avante, capitán Dos-tres! –y Martín se quitó su peluca y la movió en el aire.

–¡Tres-cuatro –le gritaron–, cuida tus florecitas de maravilla!

Adiós, adiós. Los payasos sacaron cintas, palomas y banderitas cubanas del bolsillo de los trucos de Uno-dos, y en esa forma se despidieron mientras el coche se alejaba sobre la carretera mojada.

¡Quiribín, quiribín!

La reducida tribu andariega guardaba silencio; dolía separarse de unos amigos tan graciosos, alegres y siempre dispuestos a divertir a la gente. Azulejo tropezaba y el coche daba tumbos. Los chubascos los mojaban más cada vez. Se escuchó un suspiro, y Perroazul se tapó el hocico con las paticas y empezó a llorar.

Ya no hubo modo de consolarlo. El cachorrito decía que extrañaba mucho su casa, que quería ver a su mamá, que no le gustaba ser un sato desteñido, que estaba cansado de viajar. Trataron de tranquilizarlo hablándole de muchas cosas que debían ver todavía, pero como si nada: seguía llora y llora y diciendo que no hay lugar como la casa de uno y que ningún país podía ser más lindo que Cuba y que, de Cuba, lo mejor era Carboneras y la playa de Varadero. Y estas razones dieron que pensar a Martín Colorín y sus hijos, por lo que terminaron por detener el coche para efectuar una asamblea y discutir el problema.

Bajo un árbol de paraíso cuyas ramas destilaban gruesos goterones transparentes, se paró Azulejo. Deliberaron durante cuatro minutos y tres segundos, y el resultado fue un acuerdo unánime basado en seis puntos:

Primero: Declaraban que el mundo es redondo y que Cuba es lo mejor del mundo.

Segundo: Juraban que lo habían conocido en gran parte al dar una vuelta que comprendía los territorios de: Carboneras, Las Bocas, Varadero, Bachiche, Guásimas, Salé, el ingenio Precioso, Pueblo Dormido, Cantel y Camarioca.

Tercero: Afirmaban que para ellos bastaba con ese impresionante recorrido.

Cuarto: Sostenían que el azul de Varadero es indesteñible y legítimo, y que lo preferían a los azules de imitación.

Quinto: Acordaban que era necesario ponerse en camino sin pérdida de tiempo para llegar a casa, tomar café, reunir a la familia, amigos y convecinos y relatar las aventuras.

Sexto: Proclamaban su calidad de cubanos, revolucionarios y socialistas.

¡Quiribín, quiribín, quiribín!...

Salía el Sol y empezaron a cantar los gallos.

FIN.

Fuente original: *El cochero azul*, 1975
Ilustraciones: Renier Quer (Réquer).